

Sergio Grez Toso, *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de "la idea" en Chile, 1893-1915* (Santiago: LOM, 2007, 435 págs.)

No se ha escrito poco acerca de los anarquistas en Chile; no se trata de un terreno no explorado. Pero esta es la primera historia sistemática y más o menos completa que existe. Las aproximaciones anteriores eran de otra época, con valor historiográfico algo reducido; o mirado desde otra pregunta, como en el caso de Peter DeShazo. En todo caso, la obra de Grez se encontraba en terreno un tanto desbrozado por muchas tesis universitarias. Y este es un tema que rodea el momento histórico de la aparición de esta obra, el atractivo que ejerce la idea algo vaga del anarquismo dentro de la juventud universitaria. Esto tiene una gran tradición en la política del siglo XX, aunque intermitente. El "68" estuvo aureolado por el destello del anarquismo, y todavía ejerce magnetismo. De ahí que se reciba con interés un estudio minucioso acerca del anarquismo en Chile, como que ofrece el autor.

En la línea de otros trabajos de Grez, la historia del anarquismo se escribe en base un gigantesco material documental. La prensa de la época era infinitamente más nutrida que en la nuestra, y las tendencias socialistas y anarquistas –por generalizar– hacían mucho empleo de estos medios. Es muy conocido que entre los tipógrafos se reclutó una parte no pequeña del equipo de dirigentes de muchos movimientos revolucionarios. En términos comparativos, hace un siglo era mucho más barato publicar un periódico que en nuestros días. Con mayor razón si se trataba de hojas, volantes, pequeños y delgados diarios de vida precaria y limitada en lo temporal. Si se revisa la lista de fuentes del libro, resaltan los títulos tan comunes en Chile y

en el mundo, de estos diarios que provenían del anarquismo y de otras persuasiones revolucionarias, *El Trabajador, El Oprimido, El Proletario, El Alba*. Todo por el estilo. El autor revisó los archivos correspondientes a los informes del Ministerio del Interior. El libro está acompañado por anexos que constituyen una pequeña antología del anarquismo en Chile. Su pulso no está quizás en obras de gran vuelo intelectual, pero dejan ver un sentimiento identificable como espontáneo –aunque implica educación en un lenguaje universal– de una conciencia de amplias masas del Chile urbano y pobre que emergía en la primera década del siglo. El autor cuando se puede, entrega una filología del material, pero ejemplo, de la abundante poesía de batalla que se produjo, y muchas veces apunta a un origen peninsular.

Como tantos otros fenómenos políticos en Chile, llama la atención la aparición de la persuasión de carácter anarquista en Chile con gran simultaneidad de su presencia en la Europa del sur y en la mediterránea. Los motivos son intercambiables, como estos versos aparecidos en una recopilación de 1904: "¡Abajo Dios, la Ley y los Estados/No más autoridad ni despotismo./La innúmera legión de sublevados/proclama el Ideal del Socialismo!" (...) "Naturaleza de vigor palpita,/cada organismo desempeña un rol./La vida es una ánfora infinita/llena de almíbar, de perfume y sol!".

Grez identifica algunos ciclos en el desarrollo del anarquismo en Chile. Desechando el típico cuento chileno de unos franceses que huían de la derrota de la Comuna de 1871, cree encontrar las raíces del anarquismo en la década de 1890. Existe un primer florecimiento y una cierta caída de su vigor hacia 1904/05, producto de la derrota de la huelga de 1903 en Valparaíso, como de las consecuencias de la "Huelga de la Carne" de 1905. Pero después de Santa María, el anarquismo

sigue creciendo y constituirá un factor considerable de la movilización social de la segunda y hasta tercera década del siglo. La Huelga de la Carne, añadimos, es todo un punto de referencia en la historia política y social de Chile, un tanto opacado por la matanza inmisericorde de Santa María. Esto último tiene una explicación más circunscrita, el mundo agitado y combatiente del salitre en una ciudad que giraba en torno a él. En cambio, la Huelga de la Carne remece a Santiago y tiene una expresión más desestabilizadora, al menos en potencia. Pero de ambos hechos no está ausente el “universo” o “corriente” anarquista. El autor prefiere esta denominación, y no “movimiento”, aunque puede ser válido. Como se sabe, no había una estructura “orgánica” en el anarquismo. Su mismo fin y su cultura política implicaban una radical descentralización del poder de la misma organización. Aquí se asentaba su fuerza y su debilidad.

La idea del anarquismo en Chile está asociada a una institución llamada “Sociedad de Resistencia”, que tenían tanto labor asistencial como de formación y movilización políticas, aunque Grez destaca que no hay que confundirlas con el anarquismo per se. Pero esta relación es importante, en sí misma y también por el objeto del libro, que quiere vincular las ideas y sentimientos anarquistas con el “movimiento obrero”. Lo que emerge es cuadro muy detallado de la vida de los anarquistas, y de su arraigamiento en la agitada vida política y social del país. La pretensión anarquista se inscribía en una larga tradición de rescate, de “regeneración del pueblo”, como se había llamado décadas antes, y que el autor ha estudiado bien. Aquí se llega a una de las fuentes de todo el movimiento reivindicacionista moderno, la idea de que se debe estar “incluido”. Claro, la diferencia está en que el anarquismo casi siempre se ve a sí mismo provisto de una misión revolucionaria, intransable, intransigente. Incluso, no acepta participar en ninguna de las instancias que el sistema político y legal de

la época le franqueaba. “Todo lo que debe decirse sobre el voto electoral puede condenarse en pocas palabras: “Votar es abdicar”, se leía en una columna de uno de los tantos diarios de esta persuasión, *La Agitación*, del 10 de febrero de 1903 (p. 71). Condenaban a toda otra expresión de izquierda (palabra muy poco usada todavía) que fuera u “organizada” o que participara de las instituciones existentes. Por eso uno de sus enemigos más denostado es el Partido Demócrata, el primer partido político de cierta orientación obrera, más claramente de izquierda. Claro, con el tiempo llegaría a ser parte del “sistema”. Un capítulo muy rico para pensar el anarquismo es el que Grez dedica la crítica de los anarquistas, o “libertarios”, a los socialistas y demócratas. Por los primeros, se entiende a diversas agrupaciones que formaron gérmenes de partidos políticos que con mucha generalización nos atreveríamos a llamar marxistas.

Aparte de la teoría, de la organización y de la práctica, el autor estudia “temas nuevos”, como el internacionalismo y pacifismo, aunque proseguido con celo casi militar, por una parte; y por la otra, la lucha por la igualdad de la mujer. En esto último, ofrece nuevas ideas para la vida familiar. La vasta historia que aquí se escribe, permite al autor traer a luz, aunque de manera un tanto seca, la presencia de “vidas mínimas”, la inmensa red más o menos espontánea de hombres y mujeres sencillos, aunque a veces con una cultura relativamente amplia, que dieron vida y calor a este modo de vida. Así no sabemos sólo de Sixto Rojas o de Alejandro Escobar y Caballero, sino que de mujeres que de otra manera serían anónimas, como Josefa Capó, Carmen Herrera, Hortensia Quinio o la abnegada y combativa María del Tránsito Caballero.

Pues el anarquismo muchas veces eso es lo que era, una especie de contracultura que intentaba crear las bases de una vida nueva en el seno de la sociedad que se veía como periclitada. Esto lo diferenciaba claramente de otros movimientos o reformistas o

antisistema. En este sentido, se echa de menos una reflexión acerca del valor de este anarquismo, ya sea como reproducción o como desarrollo de una sensibilidad global, que lo era, al menos en Europa y en América. A diferencia del marxismo, no llegó ni a Asia ni a África. Una mirada bajo este prisma enriquecería la individualización del fenómeno chileno. Asimismo, se sabe acerca del eclipse del anarquismo en Chile hacia mediados de la década de 1920. Es probable que no sea el gobierno de Carlos Ibáñez "el culpable". Un movimiento político que no lleve a cabo trabajo político para alcanzar el poder, sólo puede vigilar para cuando llegue la ocasión revolucionaria. El fracaso de los intentos anarquistas para configurar la sociedad no es un hecho azaroso. Es parte de su destino, y tampoco aparece demasiado convincente

la tesis, esgrimida por otros autores, ya que Grez se planta en seco en 1915, de que el auge del comunismo detuvo al anarquismo.

Es probable que una contracultura como anarquismo sólo pueda existir como tal dentro del "sistema liberal", de la cultura del estado de derecho moderno, cuando da expresión a posibilidades de exploración de las formas de organización de la sociedad humana. Entonces es fecundo, como lo ha mostrado en ciertos aportes educacionales. Fuera de ese marco, o es comparsa de las fuerzas que van a erigir un sistema totalitario, o es exterminado como sucedió en Rusia o en España.

Joaquín Fernandois
Academia Chilena de la Historia,
Pontificia Universidad Católica de Chile